Morir bajo dos banderas

es el título de la nueva novela de Alejandro M. Gallo. El jefe de la Policía Local de Gijón y premiado escritor de novela negra, padre de Gorgonio, el detective que cada domingo resuelve rocambolescos e hilarantes casos en EL COMERCIO, se adentra esta vez en plena II Guerra Mundial para contar la historia de sus olvidados: los soldados republicanos españoles que lucharon en ella. «No existe –advierte el autor– un terruño en África o Europa, testigo de esta guerra, sin jalonar

Amanecerá un día...

...en el que todos hayáis muerto,

en el que ya no quedéis soldados de aquel «ejército de ratas», como os bautizó el mariscal Pétain.

Cuando eso ocurra, se volatilizarán los testigos y germinará la tiranía de los hechos. Y ante vuestro ocaso, la aurora informará al mundo sobre la verdadera hazaña que protagonizasteis e inmortalizó vuestros nombres. Porque al contrario de lo que se cree, sólo hablarán de vosotros después de muertos.

Por fin encontraréis la paz. Vuestra desaparición indicará que ya no sois necesarios. Pero si alguien volviera a despertar la bestia negra del nazismo, os llamaremos. Seréis fáciles de localizar en cualquier rincón del infierno, un paisaje recorrido en vida.

Al atardecer de ese día de difuntos, vuestros hijos o nietos se reunirán en un bulevar de París o bajo el Arco del Triunfo y recrearán la gesta de su liberación. O, tal vez, la cita sea en el puerto de Alicante e imaginen la diáspora. O, a lo mejor, la hospitalaria Volgogrado, la otrora Stalingrado, se ofrezca de cicerone. Sea donde fuere, cada uno de ellos aportará sus recuerdos, fotos, cartas y lágrimas para ponerlos en común. Os salvarán del olvido como vosotros rescatabais del averno a vuestros compatriotas. Y la memoria se convertirá en el mejor tribunal.

Comenzarán hablando de cómo os derrotó el fascismo en España. De la huida en barcos a la Unión Soviética o al norte de África, del paso por los Pirineos hacia Francia, bajo la lluvia, el granizo y las heladas, esquivando cadáveres, vehículos y objetos abandonados en el camino. De cómo las carreteras secundarias, los páramos y las crestas de las montañas os vieron desfilar a miles y miles hacia la frontera. Allez, allez, allez, os gritaban los gendarmes desde el caballo a aquel hormiguero humano.

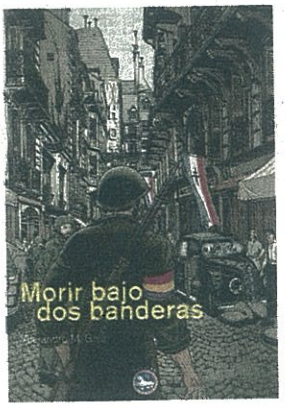
El destino de los vencidos al cruzar la frontera de la esperanza fueron las cárceles de arena, los campos de refugiados, las Compañías de Trabajadores Extranjeros, el cruce del Atlántico, los desiertos de África, las nieves y fiordos de Narvik o los campos de exterminio nazis. En ese magma de seres vivos os refugiasteis los restos diezmados del Ejército de la II República española, un ejército derrotado, el «ejército de ratas», como os bautizó el gran amigo de Franco y felón a su patria por excelencia.

Cuando de todo eso conversen, vuestros descendientes verán que la bandera de la II República ondeó en París el día de su liberación, enarbolada por soldados españoles con ropas y armamento norteamericano en unidades militares francesas. Y contemplarán sorprendidos vuestra foto en la portada de Libération, el día de la victoria, con el titular Ils sont arrivés! También la verán en los desiertos de África con la Fuerza L, el Corp Franc d'Afrique o la 13ª Semibrigada de la Legión Extranjera combatiendo a Rommel y a los Panzer del Afrika Korps; y comprobarán que servía de grímpola en la heroica defensa de Stalingrado, en las cumbres nevadas de Noruega o en los bosques frondosos del sur de Francia.

¿Qué había ocurrido para que los soldados de un ejército «cautivo y desarmado», como proclamó el último parte de guerra de los franquistas, os convirtierais en una de las principales fuerzas de choque contra Hitler?

Vuestros descendientes obtendrán la respuesta en cuanto contemplen vuestro semblante en fotos de papel sepia tras la distancia que dan muchos años. Comprenderán que, cuando os visteis abandonados por todo el mundo en mitad de la Tierra y nadie apostaba un chelín por vuestras vidas, permanecisteis de pie, con los estómagos vacíos y los rostros demacrados y sin afeitar, con el honor rezumando por vuestras heridas y la determinación en la mirada, apretasteis los dientes, arrojasteis la colilla al suelo, la pisasteis con saña porque teníais deudas que cobrar e hicisteis lo que mejor sabíais hacer: seguir luchando con las armas por la libertad.

Habíais comprendido: en España no se había perdido una guerra, sólo la primera batalla en la lucha internacional contra el fascismo. Esa guerra continuaba en otros pa-



rajes, con otras armas, con otros compañeros, con otros uniformes. Pero en esa ocasión, bajo dos banderas. Los que creyeron que con la salida del último buque del puerto de Alicante lleno de exiliados se había aniquilado al «ejército de ratas» se equivocaron estrepitosamente. En realidad aquello no fue vuestro final, sino el inicio de una gran gesta, que comenzó en un carguero, el Stanbrook.

Libro 1º
Del exilio al olvido

El 'Stanbrook'

La batalla del Ebro se había perdido y, cuatro meses más tarde, la tramontana fascista entraba en Madrid. Los regueros de sangre bañaron cunetas, las acequias se cubrieron de cadáveres decapitados por la Caballería Mora y las barricadas se desmoronaron.

Huisteis de la capital en camiones o a través de los montes o páramos al único punto en el que podíais salvar la vida: Alicante. Las bombas barrían la ciudad, los rumores congelaron alientos y la proximidad de los falangistas y de los fascistas italianos, al mando del general Gambora, convirtieron el suicido en una opción de vida.

El 'Winnipeg' había partido, al igual que el 'Stangate', el 'Manonga', el 'Ronwing' y el 'Africa Trade'. Sólo quedaban en puerto el 'Maritme' y el 'Stanbrook' y las miles de almas que anhelabais embarcar.

Carabineros franceses custodiaban la evacuación en el viejo carguero propiedad de la France Navigation. No sé, tal vez subió un millar, pero el resto os quedasteis en puerto cuando el capitán Andrew Dickson hizo una seña a sus hombres armados. Éstos, apuntando con sus fusiles a la multitud, cerraron la escalinata.

–Capitán Dickson, soy el mayor Amado Granell, del Batallón Hierro. Le ruego que deje subir a los heridos, a las mujeres y a los niños. El carguero aún puede transportar otras mil personas.

Un hombre alto, delgado, con una capa de color caqui sobre sus hombros y un gorro isabelino que lucía una estrella de cinco puntas y un galón amarillo, era el portador del grito de súplica desde el muelle.

Andrew Dickson le miró desde cubierta. Pareció dudar un momento, pero de inmediato ordenó a sus hombres que recogieran la escalinata. De nuevo, los sueños y la esperanza eran asesinados. El 'Stanbrook' dejaba de ser una posibilidad de salvación.

De pronto cinco hombres armados con naranjeros y vestidos de milicianos se abrieron paso entre la muchedumbre disparando al aire. Llegaron hasta los soldados y se ubicaron entre ellos y vosotros. Apuntaron sus armas hacia los custodios del carguero y el más alto, que llevaba pañuelo rojinegro al cuello, gritó:

–Dejen subir al resto o este barco no zarpa.

Se hizo el silencio. Las miradas se dirigieron interrogativas hacia el capitán. Unos segundos de incertidumbre, y, desde cubierta, Andrew Dickson asintió. Los carabineros bajaron los fusiles, apartaron la cuerda de la pasarela y comenzamos a agruparos en fila para preparar el ascenso de los dos mil que aún quedabais en el puerto.

Tu madre, tu hermana y tú, sin empujones ni histerias entre el gentío, comenzasteis a abordar el carguero. Al pasar a su lado, te fijaste en el rostro del hombre que había detenido la salida del barco: mandíbula cuadrada, mirada limpia, ojos negros bajo uniforme de miliciano y brazalete con la bandera republicana. Nadie le conocía, pero cientos de seres se lo agradecisteis. Otra silueta de aquel quinteto se te quedó grabada: enjuto, algo zarrapastroso, portaba un arete dorado en el lóbulo izquierdo. Era la primera vez que veías a un hombre con un pendiente, siempre habías creído que eso pertenecía en exclusividad al mito de los corsarios.

Cuando no quedó nadie en el puerto, los cinco milicianos ascendieron a cubierta. El capitán dio la orden de partir: soltaron la maroma del muelle y desenterraron las anclas. Tres pitidos anunciaron la salida. Eran las veintitrés horas del 28 de marzo de 1939 y, con una ciudad sitiada por el Corpo Truppe Volontaire, el 'Stanbrook' salió de Alicante rumbo a Orán con miles de refugiados.

El capitán ordenó por los altavoces que nadie fumara y que al llegar a Orán permanecierais en cubierta para no provocar la curiosidad de las autoridades francesas. Arriaron la bandera inglesa e izaron la gala: las tierras de la Francia africana os esperaban.

Un solo baño en el carguero. Hubo que organizarse entregando papeletas con turnos a los posibles usuarios; el número mil significaba que no usaríais el aseo hasta dos días más tarde. Entre el hambre y la podredumbre, los piojos, el tifus y la locura encontraron el campo abonado durante la travesía.

Tu hermana sudaba, temblando; su rostro empalidecía y sus dieciséis años evolucionaban hacia la vejez cada día que permanecíais en el mar. Se mantenía tumbada sobre tu madre, que le pasaba un trapo húmedo sobre la frente y la exhortaba a resistir. Hasta la obligaba a comer, estrujando gajos de naranja en sus labios. A veces se dormía y parecía muerta. «No deberíamos haber salido de Madrid», pensaste entonces. Tal vez la hubiesen ingresado en un